

mente, con una calma y una resignación heroica, sin queja ni recriminación alguna. La autopsia, practicada el mismo día 25, á las dos de la tarde, reveló que el puñal había producido en el hígado una herida de 11 á 12 centímetros de profundidad, abriendo en dos puntos la vena porta. La herida era fatalmente mortal y Carnot debió á la operación hecha por los doctores Poncet y Ollier el haber sobrevivido tres horas al atentado.

El asesino, Caserio Santo, no había cumplido veinticinco años todavía. Era panadero, alardeaba de anarquista y tal vez quiso vengar á Vaillant, á Ravachol y á Henry. Murió sin valor y apenas tuvo la sangre fría necesaria para gritar por última vez en el patíbulo: «¡Viva la anarquía!»

El presidente del Consejo salió de Lyon, donde reinaba una agitación muy alarmante, momentos después de la muerte del presidente de la República, y llegó á París el 25 por la mañana. Comunicó el trágico suceso á los presidentes de ambas Cámaras por medio de una carta en que elogiaba al servidor leal, al ciudadano íntegro que había llevado con fidelidad y honor la bandera nacional. Casimir-Perier contestó que el presidente había caído en el campo del honor, cumpliendo sus deberes constitucionales, y añadió que su vida, consagrada á la patria y á la República, era una enseñanza y un ejemplo. En el Senado, Challemeil-Lacour habló, casi en los mismo términos, del excelente ciudadano que había desempeñado con tanta dignidad y con una corrección tan perfecta la primera magistratura de la República.

Las dos Cámaras votaron casi por unanimidad las exequias nacionales propuestas por el gobierno y la sepultura en el Panteón. La ceremonia fué señalada para

el 1.º de julio. Antes había de celebrarse en Versalles la reunión del Congreso.

La emoción causada en Francia, en Europa y en todo el mundo por el crimen de Caserio, fué inmensa, y el gobierno francés recibió innumerables testimonios de indignación y de protesta.

El entierro de Carnot fué una conmovedora manifestación, en la que estuvo representada Francia entera y que quiso presidir el nuevo presidente de la República, á pesar de oponerse á ello la etiqueta. En el Panteón pronunciaron discursos necrológicos los Sres. Dupuy, Challemeil-Lacour, Mahy y el general André, éste último en nombre de la Escuela Politécnica, á que había pertenecido Carnot.

Cada uno de los oradores trazó un retrato perfectamente parecido del ilustre difunto. Sin insistir nosotros sobre los méritos de Carnot, indicaremos brevemente la manera con que éste comprendió su misión. Quizá se mantuvo demasiado neutral, demasiado impasible en medio de los partidos desencadenados; pero es digno de elogio por la franqueza de su actitud en presencia de los poderes públicos y por su alta dignidad en presencia de Europa y del mundo entero. Infatigable, á pesar de su delicada salud, multiplicaba los viajes, porque sabía muy bien que á Francia le gusta hallarse en contacto frecuente con los que la representan. Desdenoso de una rancia etiqueta, suprimía, en lo posible, las barreras que le separaban del pueblo, de aquella multitud de humildes y desheredados que amaba por tradición de familia, por educación y por natural instinto. Figura original, de una gravedad algo triste que atenuaba la dulzura de la mirada, Carnot ocupa un puesto eminente en la galería de los presidentes de la tercera República.

LIBRO QUINTO Y ÚLTIMO

LAS PRESIDENCIAS DE CASIMIR-PERIER, FÉLIX FAURE Y LOUBET

SUMARIO: I. - Elección de Casimir-Perier. - Impopularidad del nuevo Presidente. - Su dimisión precipitada. - Degradación del capitán Dreyfus. - Motivos de la dimisión de Casimir-Perier. II. - Elección de Félix Faure. - Nuevo ministerio Ribot. - Ministerio León Bourgeois. - Dos políticas opuestas. - Los ferrocarriles del Sur. - El gabinete Meline. - El emperador de Rusia en Francia. - Félix Faure en Rusia. - El emperador de Rusia y el presidente de la República francesa proclaman solemnemente la alianza de ambas naciones. III. - Revisión del proceso Dreyfus. - Emilio Zola y su carta acusadora. - Dreyfusistas y anti-dreyfusistas. - La Liga de los derechos del hombre y la Liga de la patria francesa. - Muerte repentina de Félix Faure. IV. - Elección de Emilio Loubet. - El partido nacionalista. - Nuevo proceso Dreyfus. - La cuestión de Auteuil. - El fuerte Chabrol. - Deroulé y sus amigos ante el Alto Tribunal de justicia. - Tregua de partidos durante la Exposición de 1900. - Dificultades en el exterior. - Los boxers de Pekín y las legaciones europeas. - La Exposición de París. V. - Viaje de Loubet á Niza y á Tolón. - Recepción de los soberanos rusos en Francia. - El ministerio Waldeck-Rousseau y su obra. El ministerio Combes y las congregaciones. - Viajes del presidente de la República á Rusia, Argel y Túnez. VI. - Eduardo VII, Víctor Manuel III y Sidi-Mahomet en París. - Visitas del presidente de la República á los soberanos de Inglaterra y de Italia. - Ministerio Rouvier. - Política exterior de Francia desde 1898 hasta 1905. - El rey de España en París. - La cuestión de Marruecos. - La «inteligencia cordial» entre Inglaterra y Francia. - Desarrollo de las ideas de libertad, de concordia y de justicia bajo la Tercera República.

I

El 27 de junio de 1894, bajo la presidencia de Challemeil-Lacour, presidente del Senado, las dos Cámaras se reunieron en Congreso, en Versalles, para designar al sucesor de Sidi Carnot en la presidencia de la República. Casimir-Perier fué elegido por 451 votos contra 195 concedidos á Enrique Brissón y 97 á Carlos Dupuy.

La elección de Casimir-Perier hizo concebir grandes esperanzas, fundadas en sus antecedentes políticos y en la eminente notoriedad de su familia.

Hijo y nieto de ministros, como anteriormente hemos dicho, heredero de un nombre íntimamente ligado con la historia contemporánea de Francia, Juan Casimiro Perier mostróse, desde la juventud, digno continuador de las tradiciones de su linaje, con su conducta privada y con su parte activa en la consolidación de la República. Condecorado con la Legión de honor á los veintitrés años, por hecho de armas en el combate de Bagneux en 1870, fué sucesivamente jefe del gabinete de su padre, ministro del Interior y consejero general del Aube. Diputado en 1876 y reelegido en 1877 contra el candidato del mariscal Mac-Mahón, desempeñó uno tras otro los cargos de subsecretario de Instrucción Pública y de Guerra y presidente de la Cámara de diputados, y, en esas múltiples funciones, supo siempre hacer apreciar su rectitud de espíritu, la lealtad de su carácter y su perfecta corrección.

Pero esta frase del mensaje del nuevo presidente de la República dió lugar á una interpretación equívoca: «Penetrado del sentimiento de mi responsabilidad, decía el presidente, tendré el deber de no dejar que se desconozcan ni que prescriban los derechos que la Constitución me confiere.»

TOMO XII

Organizóse contra él una violentísima campaña de prensa que le impidió conquistar la popularidad de su antecesor.

El 5 de noviembre, el Sr. Gerault-Richard fué citado ante la audiencia del Sena por un artículo del *Chambard* titulado: *¡Abajo Casimir!* Fué defendido por su amigo Jaurés, el cual, por toda defensa, hizo el proceso de la familia Perier y de la sociedad capitalista. Gerault-Richard fué condenado á un año de prisión y 3.000 francos de multa.

Este fallo no hizo más que excitar y exasperar á los periódicos hostiles á Casimir-Perier. Ante aquella cruzada, el nuevo presidente no creyó deber oponer la fría placidez, la flemma imperturbable, la invencible serenidad de que Sadi-Carnot le había legado el ejemplo; considerándose como prisionero en el palacio del Elíseo, desde entonces no tuvo más deseo que el de salir de aquella prisión para volver á la vida privada.

Sabido es que á fines de 1894, Alfredo Dreyfus, perteneciente á una familia israelita y alsaciana, antiguo alumno de la Escuela Politécnica y capitán de artillería destacado en el primer negociado del Estado mayor del ejército, fué acusado de haber entregado á una potencia extranjera documentos relativos á la defensa nacional. La opinión pública se preguntó en vano cuál había podido ser el móvil de tan infame traición. Poseedor de una fortuna personal, el capitán Dreyfus era casado y padre de familia. Sin embargo, los jueces del consejo de guerra (12-22 de diciembre), reunidos á puerta cerrada, le declararon culpable por unanimidad y le enviaron á un recinto fortificado, después de haberle infligido la pena de la degradación militar.

Este asunto acarreó dificultades diplomáticas con Alemania, del orden más delicado, y Casimir-Perier

vióse directamente complicado en ellas. Súpose más tarde que el ministro de la Guerra, general Mercier, había presentado á los jueces del consejo de guerra todo un expediente secreto, sin comunicarlo al acusado ni á su abogado defensor, Sr. Demange.

La caída del ministerio Dupuy (14 de enero de 1895) sirvió de ocasión á Casimir-Perier para enviar, al día siguiente, al Parlamento un mensaje anunciando su dimisión.

«Más de veinte años de lucha por la misma causa, decía Perier en este documento; más de veinte años de apego á la República y de abnegación á la democracia, no han bastado á convencer á todos los republicanos de la sinceridad y del ardor de mi fe política, ni á desengañar á unos adversarios que creen ó afectan creer que me haré el instrumento de sus pasiones y de sus esperanzas.

»Hace seis meses que se sigue una campaña de difamaciones y de injurias contra el ejército, la magistratura, el parlamento y el jefe irresponsable del Estado, y á esa libertad de atizar los odios sociales se la sigue llamando libertad de pensar...

»No me resigno á comparar el peso de las responsabilidades morales que gravitan sobre mí con la impotencia á que estoy condenado...

»Tengo fe, á pesar de las tristezas de la hora presente, en un porvenir de progreso y de justicia social.»

La Cámara y el Senado acogieron el mensaje presidencial con marcada tristeza. Se discutieron vivamente los motivos de una retirada tan pronta y bajo los pretextos aducidos se creyó descubrir las verdaderas razones, á saber: una impopularidad creciente, mantenida con ardor por los partidos adversos y, por otra parte, lo que sorprendió un poco, un desaliento muy acentuado que paralizaba en Casimir-Perier todas las facultades de lucha contra sus enemigos y de abnegación activa á los intereses de la República.

II

Para la elección del sucesor de Casimir-Perier, el Congreso se reunió en Versalles el 17 de enero de 1895, bajo la presidencia de Challemel-Lacour, y designó, en segunda votación, á Félix Faure por 430 sufragios contra 361 obtenidos por Enrique Brissón.

Nacido en París el 30 de enero de 1841, Félix Faure fué en sus mocedades curtidor en Amboise, donde se casó, y ya en la edad viril, armador en el Havre y presidente de la Cámara de comercio de esta ciudad. Batióse en la campaña de 1870, al frente de un batallón de guardias móviles del Sena Inferior. Diputado en 1881, para no cesar nunca de serlo en el resto de su vida, las Colonias lo tuvieron de subsecretario, la Cámara de vicepresidente y la Marina de ministro.

El primer ministerio formado por Félix Faure fué el de Ribot (27 de enero de 1895), con Hanotaux en los Negocios Extranjeros, Jorge Leygues en el Interior, Trarieux en Gracia y Justicia, Raimundo Poincaré en Instrucción Pública, el general Zurlinden en Guerra y el almirante Besnard en Marina.

El ministerio Bourgeois, que sucedió en 3 de noviembre del mismo año al gabinete Ribot, era un ministerio homogéneo radical, con Ricard en Gracia y

Justicia, Doumer en Hacienda, Cavaignac en Guerra, Lockroy en Marina, Berthelot en Negocios extranjeros, Combes en Instrucción Pública, Mesureur en Comercio, Viger en Agricultura, Guyot-Dessaigne en Obras Públicas y Guieysse en Colonias.

Este ministerio tenía grandes proyectos de reforma relativos al impuesto sobre la renta, á la organización de los retiros de obreros, á la libertad de asociación y á la creación de un ejército colonial.

En un banquete de la Liga francesa de la enseñanza, León Bourgeois explicó así el fin que se proponía: «El gobierno va con los que piensan en los demás. Hay una conciliación incesante que debe realizarse entre las clases, no por temor á un peligro social, sino bajo el imperio de un sentimiento de solidaridad. Tal es la tarea que incumbe al gobierno. A la política del puño cerrado para combatir, hay que substituir la política de la mano tendida para socorrer.»

Pidió al Parlamento su confianza, «no para vivir, sino para obrar.» Las circunstancias no le permitieron obrar y apenas le dejaron vivir algunos meses una vida muy agitada.

Sus primeros pasos fueron entorpecidos por recriminaciones retrospectivas acerca de los ecos tardíos é impotentes de la cuestión del Panamá. Un conflicto surgido entre las dos Cámaras, á propósito de un juez de instrucción encargado de entender en el asunto de los ferrocarriles del Sur, acarrió la caída del gabinete Bourgeois y su substitución por el ministerio Meline (30 de abril 1896), que vivió más de dos años.

Meline escogió, con la presidencia del Consejo, la cartera de Agricultura, y sus colaboradores fueron Hanotaux en Negocios Extranjeros, Cocheret en Hacienda, Darlán en Gracia y Justicia, Rambaud en Instrucción Pública, Barthou en el Interior, el general Billot en Guerra, el almirante Besnard en Marina, Boucher en Comercio, Andrés Lebón en Colonias y Turrel en Obras Públicas.

A principios de 1896, el Senado eligió presidente á Emilio Loubet, en substitución de Challemel-Lacour, enfermo. En su discurso inaugural, Loubet anunció en los siguientes términos la muerte de Carlos Floquet, acaecida un par de días antes, de resultas de una corta enfermedad: «Sólo hacía dos años que Floquet era de los nuestros; pero había entrado en el Senado, precedido de una notoriedad que debía á su talento, á toda su vida de abnegación por la República y á su participación en el gobierno del país. Pertenece á esa generación que, después de haber entrevisto la libertad en 1848, combatió el despotismo por todos los medios legales. Fué sobre todo en el Palacio de Justicia donde procuró levantar las tribunas públicas derribadas. Marcó brillantemente su puesto en la prensa liberal, en las reuniones y en la lucha contra las candidaturas oficiales. Después del 4 de septiembre de 1870, el gobierno de la Defensa nacional le confió, en calidad de teniente alcalde, la administración de esta gran ciudad de París que había de representar más tarde en la Asamblea nacional y en la Cámara de diputados, y á la cual, como prefecto del Sena, dió lo mejor de su corazón. No tengo necesidad de recordar los numerosos proyectos que marcaron su paso por el gobierno como presidente del consejo de ministros, ni las luchas que sostuvo

contra las tentativas del boulangismo y durante las cuales expuso valerosamente su vida. Me apresuro á rendir al que la Cámara de diputados llamó, en nueve legislaturas, á presidir sus debates, el justo homenaje que ni sus adversarios más acérrimos le negaron jamás... Su imparcialidad absoluta en medio de los debates más apasionados de la Asamblea inspiraba á todos respeto... Durante toda su vida fué fiel á sus amigos como lo fué á su programa...»

Los cuatro presidentes, el de la República, el del Consejo de ministros, el del Senado y el de la Cámara, recibieron al emperador de Rusia en su visita á Francia en los días 5 á 9 de octubre de 1896. Para nadie era un secreto que había concluido el aislamiento de la República francesa en presencia de Europa; pero aquel nuevo estado de cosas necesitaba una consagración manifiesta.

El 5 de octubre, el emperador Nicolás II desembarcó en Cherburgo, acompañado de la emperatriz Alejandra Feodorowna y de la joven gran duquesa Olga, su hija. Fué recibido en el muelle del arsenal de Cherburgo por el presidente Félix Faure, rodeado de los presidentes de ambas Cámaras y de los Sres. Meline y Hanotaux.

Después de la revista de la escuadra francesa que la emperatriz quiso seguir á bordo del buque almirante *Hoche*, hubo un gran banquete en el arsenal. Félix Faure pronunció un brindis del que merecen recordarse estas palabras: «El presidente de la República tiene la seguridad de responder á los sentimientos de la nación haciéndose intérprete de los votos unánimes que hace por la familia imperial, por la gloria del reinado de Vuestra Majestad y por la felicidad de Rusia. Mañana, en París, Vuestra Majestad sentirá latir el corazón del pueblo francés, y la acogida que hará al emperador y á la emperatriz de Rusia les probará la sinceridad de nuestra amistad.»

Nicolás II contestó en estos términos: «Agradezco la acogida simpática y cordial que se nos ha hecho en Cherburgo. He admirado mucho la escuadra que nos ha escoltado y el buque almirante *Hoche*. Al pisar el suelo de una nación amiga, comparto los sentimientos que acabáis de expresar, señor presidente. Brindo en honor de la nación, de la escuadra francesa y de sus bravos marinos, y doy las gracias al señor presidente de la República por la bienvenida que nos acaba de dar.»

La entrada del zar en París, en la mañana del 6 de octubre, fué un paseo triunfal desde la estación de Radelagh hasta la embajada de Rusia. El emperador, la emperatriz y el presidente Félix Faure llevaban una escolta de coraceros, de cazadores de Africa, de spahis y de jefes árabes y tunecinos. En las casas consistoriales, el presidente del consejo municipal, Pedro Baudin, dió á los soberanos la más calurosa bienvenida, en nombre de la población parisiense.

En las visitas sucesivas que hizo á la Catedral, al Palacio de Justicia, á la Santa Capilla, al Panteón, donde depositó un ramo de flores sobre la tumba de Carnot, al Hotel de los Inválidos, como en la ceremonia del puente de Alejandro III, en que puso la primera piedra, en la Casa de Moneda, en el Instituto, en el Teatro Francés, en todas partes el emperador fué acogido

con alegría y entusiasmo. Tuvo empeño en visitar á los Sres. Loubet y Brissón, presidentes de las dos asambleas parlamentarias, y en hablar con los principales hombres de Estado de Francia, sin distinción de opiniones, Ribot, Freycinet, Constans, Fallieres, Carlos Dupuy, Flourens, Goblet, Bourgeois y otros.

En el banquete del Elíseo, el presidente de la República dijo en su brindis que «la presencia del emperador había sellado, en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, los lazos que unían á los dos países en una armoniosa actividad y en la mutua confianza en sus destinos, y que la unión de un poderoso imperio y de una república laboriosa había podido ejercer una bienhechora acción en la paz del mundo.»

El zar contestó diciendo, entre otras cosas, que, «fiel



León Bourgeois

á inolvidables tradiciones, había venido á Francia para saludar, en la persona del presidente de la República, al jefe de una nación unida á Rusia con tan preciosos lazos, y que aquella amistad no podía menos de tener, por su constancia, la influencia más seria.»

En 8 de octubre, los soberanos visitaron el Museo del Louvre y pasaron el resto del día en Versalles. El viernes, 9, una revista de 70.000 hombres y 15.000 caballos terminó en el campo de Chalons aquella semana histórica, conocida con el nombre de *semana franco-rusa*.

Aquella entrevista de los dos jefes de Estado, la cordialidad de las recepciones oficiales, la pompa y aparato de las fiestas y de las ceremonias, todo tuvo una profunda repercusión en el alma francesa y en toda Europa, sellando de un modo al parecer indisoluble la unión de ambos países.

El presidente de la República francesa tenía que devolver la visita al emperador de Rusia. Antes de partir, Félix Faure aprovechó las vacaciones de la primera quincena de agosto de 1897 para visitar el Delfinado, la Saboya y los Alpes, donde siguió con el más vivo interés las maniobras de los cazadores alpinos; su presencia en la proximidad de la frontera italiana dió al rey Humberto la ocasión de enviar dos de sus oficiales generales á saludar al presidente de la República francesa.

Este se embarcó en Dunkerque, á bordo del crucero *Pothuau*, escoltado por los cruceros *Bruix* y *Surcouf*,

acompañado de Hanotaux, ministro de Negocios Extranjeros, del general barón Freedericksz, agregado por el zar á la persona del presidente por el tiempo que éste permaneciese en Rusia, del almirante Gervais, del general Hagrón y del Sr. Le Gall.

El zar Nicolás II, con el gran cordón de la Legión de honor al cuello, fué al encuentro de su huésped á bordo del *Alexandria*, en el puerto de Cronstadt, donde fundearon, el 23 de agosto, los tres cruceros franceses. Los dos jefes de Estado se abrazaron, mientras una muchedumbre enorme les prodigaba ovaciones sin cesar renovadas durante el trayecto de Cronstadt á Peterhof. Apenas llegado, Félix Faure fué á saludar á la emperatriz Alexandra, y visitó por la tarde á los miembros de la familia imperial.

Por la noche hubo un gran banquete de gala en que el zar y el presidente cambiaron expresivos brindis. Nicolás II terminó el suyo con estas palabras: «Nos complace en esperar que vuestra permanencia entre nosotros y la sinceridad de los sentimientos que despierta no podrán menos de estrechar aún más los lazos de amistad, de simpatía profunda que unen á Francia y Rusia. ¡Bebo á vuestra salud, señor presidente, y á la prosperidad de la Francia!» Félix Faure contestó diciendo que Francia entera había conservado un grato recuerdo de los días, demasiado cortos, que el zar y la zarina habían pasado en París en octubre último, y añadió: «Respondiendo á los sentimientos profundos de toda la nación, el presidente de la República viene á la capital del imperio de Vuestra Majestad á afirmar y estrechar aún más los lazos fortísimos que unen á nuestros dos países.»

Por la noche hubo una representación de gala en el Teatro de Peterhof.

Durante toda su permanencia en Rusia, el presidente de la República francesa fué objeto de ovaciones entusiastas de la muchedumbre, ovaciones que se repitieron en sus visitas á la catedral de San Pedro y San Pablo, á la tumba de Alejandro, á la casa de Pedro el Grande y en el acto de colocar la primera piedra del nuevo puente Troitsky.

En el almuerzo que siguió á la revista de Krasnoie-Selo, el presidente brindó por el ejército ruso, y el zar pronunció el siguiente brindis: «Levanto mi copa en honor de nuestros camaradas del valiente ejército francés, que celebro haber podido admirar en Chalons y cuyos dignos representantes me alegro de ver aquí.»

El 26 de agosto, día de la marcha de Félix Faure, se pasó en Cronstadt una brillante revista naval, seguida de un almuerzo á bordo del *Pothuau*, al que asistió la emperatriz. En este almuerzo el zar y el presidente la República proclamaron la alianza de ambas naciones, pronunciando al fin la palabra solemne tanto tiempo esperada.

«La marina francesa y la marina rusa, dijo entre otras frases de congratulación el Presidente, pueden estar orgullosas de la parte que han tomado desde el primer día en los grandes acontecimientos que han fundado la íntima amistad de Francia y Rusia; han acercado manos que se tendían y permitido á dos naciones amigas y aliadas, guiadas por un ideal común de civilización, de derecho y de justicia, unirse fraternalmente en el más sincero y leal de los abrazos.»

El zar contestó en estos términos: «Las palabras que acabáis de dirigirme, señor Presidente, hallan un vivo eco en mi corazón y responden enteramente á los sentimientos que me animan, lo mismo que á Rusia entera. Celebro ver que vuestra estancia entre nosotros sea un nuevo lazo entre nuestras dos naciones amigas y aliadas, igualmente resueltas á contribuir con toda su fuerza al mantenimiento de la paz del mundo en un espíritu de derecho y de equidad. Permitidme una vez más daros las gracias por vuestra visita, señor Presidente, y beber en vuestro honor y por la prosperidad de Francia.»

Los disentimientos interiores que Félix Faure iba á encontrar, á su regreso á Francia, eran como la sombra del cuadro radiante de Cronstadt.

III

A fines de 1897, se suscitó por primera vez la cuestión de la revisión del proceso Dreyfus, que produjo una viva agitación en la prensa y en el Parlamento. El folleto publicado por Bernard-Lazare á fin de probar la inocencia de Dreyfus llamó poco la atención del público. Pero á éste le impresionaron vivamente las revelaciones y diligencias de Scheurer-Kestner, vicepresidente del Senado, republicano viejo y hombre honrado en toda la extensión de la palabra.

En una carta publicada por el *Temps* Scheurer-Kestner declaró desde luego que, aunque sentía la ilegalidad, que le parecía cierta, de la entrega á los jueces, reunidos en consejo, de un documento del cual no se había dado comunicación ni al acusado ni á su defensor, nunca había puesto en duda la lealtad ni la independencia de los oficiales que habían condenado al capitán Dreyfus. Pero habían ocurrido hechos nuevos que, según él, demostraban la inocencia del condenado. Afirmaba su convicción añadiendo que el 30 de octubre, en una entrevista oficiosa con el general Billot, ministro de la Guerra, había demostrado, pruebas en mano, que la nota atribuida al capitán Dreyfus no era suya, sino de otro, y había pedido que se abriese una información sobre el verdadero culpable. El comandante Esterhazy, dejado de reemplazo por enfermedad temporal en la primavera anterior, fué al mismo tiempo denunciado por Mateo Dreyfus, hermano del condenado.

El comandante Esterhazy fué llevado á un consejo de guerra que lo absolvió. Pero las polémicas se reprodujeron entonces con mucha más violencia é invadieron las discusiones de ambas Cámaras, absorbiendo la mayor parte del tiempo que debieran haber consagrado á los trabajos legislativos.

Durante todo el año de 1898, la cuestión Dreyfus ocupó el primer lugar en las preocupaciones del mundo político y parlamentario. Sin entrar en detalles, que exigirían más espacio del que aquí podemos conceder á este asunto, nos limitaremos á señalar el procesamiento de Emilio Zola, á consecuencia de su famosa carta *J'acuse!*, y sobre todo las declaraciones hechas en el proceso Zola por los generales Boisdeffre, Gonse, Mercier y Pellieux, que dieron lugar á amplias y casi siempre escandalosas discusiones en la prensa y en la Cámara de diputados.

La influencia de la cuestión Dreyfus se dejó sentir hasta en las elecciones generales del 8 y del 22 de mayo de 1898 y ocasionaron una verdadera derrota al ministerio Meline, opuesto á toda revisión del proceso en que había sido condenado el capitán Dreyfus. Durante las vacaciones parlamentarias del verano, bajo el ministerio Brissón-Cavaignac, fué revelada la falsificación cometida por el coronel Henry, que se suicidó en el monte Valeriano. Entonces el gabinete Brissón inició, no sin vivas resistencias, la revisión de la causa y los autos fueron remitidos á la Sala de lo criminal del Tribunal de Casación, encargada de estudiar la revisión del proceso.

El ministerio Brissón cayó el 26 de octubre de 1898, al reanudarse las sesiones parlamentarias, y, el 3 de noviembre, Carlos Dupuy, que se reservó la presidencia del Consejo y la cartera del Interior y Cultos, constituyó nuevo ministerio con los siguientes colaboradores: Delcassé en Negocios Extranjeros, Freycinet en Guerra, Lockroy en Marina, Leygues en Instrucción Pública y Bellas Artes, Krantz en Obras Públicas, Lebret en Gracia y Justicia, Viger en Agricultura, Delombre en Comercio, Guillaín en Colonias y Mougeot en la subsecretaría de Correos y Telégrafos.

El año de 1899, que había de traer la elevación de Emilio Loubet á la presidencia de la República, empezó con su reelección para la presidencia del Senado.

La cuestión Dreyfus siguió apasionando al país y dividiéndolo en dos grandes corrientes, en *revisionistas* y en *antirrevisionistas*, ó mejor dicho en *dreyfusistas* y en *antidreyfusistas*. Los dos partidos fundaron ligas: por un lado la *Liga de los Derechos del hombre*, con Trarieux, Duclaux, Anatolio France, Havet y otros; por otro lado la *Liga de la Patria francesa* con Francisco Copée, Julio Lemaître y muchos universitarios, abogados y militares.

La *Liga de la Patria francesa* y sus adeptos trataron de desacreditar de antemano la sentencia de la Sala de lo criminal del Tribunal de Casación, con polémicas tendenciosas. Llegaron á crear un movimiento ficticio, que autorizó al gabinete Dupuy y al ministro de Gracia y Justicia, Sr. Lebret, á presentar y hacer votar la famosa ley de desasimio, que prescribía, en caso de información, que se hiciese juzgar las demandas de revisión de los procesos criminales por todas las Salas reunidas del Tribunal de Casación. Los adversarios de la revisión nada ganaron con desapropiar así una jurisdicción, cuando entendía en una causa y estaba á punto de fallarla: las Salas reunidas del Tribunal de Casación fallaron que había lugar á revisión, como luego veremos.

La muerte de Félix Faure, acaecida repentinamente el 16 de febrero de 1899, al mismo tiempo que hizo nacer competencias para la obtención de la jefatura del Estado, provocó, por diversos lados, violentos ataques contra el orden de cosas establecido.

IV

El presidente del Consejo de ministros, Carlos Dupuy, notificó la muerte del jefe del Estado á los presidentes de las Cámaras el 17 de febrero, y al día siguiente. Emilio Loubet, como presidente del Senado, presi-

dió en Versalles el Congreso de diputados y senadores que lo eligió presidente de la República por 483 votos contra 279 obtenidos por Meline.

La agitación de los ánimos provocada por la cuestión Dreyfus hizo acoger desfavorablemente la elección de Loubet entre nacionalistas y monárquicos. Como era debida á los votos de los republicanos y sobre todo de los favorables á la revisión del famoso proceso, la prensa antisemítica emprendió contra él una campaña de difamación, pintándolo como animado de sentimientos hostiles al ejército.

Al regresar de Versalles, el nuevo presidente fué acogido á los gritos de «¡Viva el ejército! ¡Dimisión!» proferidos por individuos de la *Liga de patriotas*, escalonados desde la estación de San Lázaro hasta el Elíseo.



Carlos Floquet

En cambio la población de los arrabales se pronunció en favor de Loubet y bajó varias noches seguidas á los bulevares para aclamarlo y defenderlo contra los eternos adversarios de la República.

A instancias del nuevo presidente, el gabinete Dupuy continuó en el poder y su jefe y el ministro de Gracia y Justicia leyeron, el 21 de febrero, respectivamente en la Cámara y en el Senado, el mensaje presidencial, que produjo excelente efecto. En este documento, Loubet recordaba que la República había dado á Francia instituciones libres, asegurado el beneficio inestimable de una paz no interrumpida, curado las heridas de la patria, reconstituido su ejército y su marina, fundado un gran imperio colonial, organizado la instrucción pública y conquistado alianzas y amistades preciosas; estimulaba al Parlamento para el desarrollo de una obra que tanto honraba al país y se decía firmemente resuelto á guardar la Constitución y á contribuir con todas sus fuerzas al afianzamiento de la República.

Fijadas para el 23 de febrero las exequias nacionales de Félix Faure, Deroulede y sus partidarios juzgaron la ocasión favorable para intentar un golpe de mano contra el gobierno. El cortejo fúnebre salió del Elíseo á las diez de la mañana para ir á la Catedral. Loubet marchaba detrás de la familia con el vicepresidente del Senado y los presidentes de la Cámara y del Consejo de ministros. Las exequias se celebraron sin el menor incidente. Pero á las cuatro y media de la tarde, mientras las tropas de la guarnición de París regresaban á sus